



San Félix de Nicosia

Religioso, I Orden (O.F.M.Cap.)

2 de junio

Santo Patrón de la Hermandad para el año 2020
Elegido en Suerte el 21 de diciembre de 2019

San Félix de Nicosia, fue un humilde fraile capuchino (Orden de los Frailes Menores Capuchinos) del siglo XVIII, ejemplo de austeridad, entrega y, sobre todo, de amor a Dios, manifestado en la obediencia y la caridad con los pobres y vulnerables.

Nació en la ciudad siciliana de Nicosia (Italia) en el año 1715. Su nombre de pila fue Filippo Giacomo Amoroso. A los 20 años, pidió ser admitido en el convento de los franciscanos capuchinos en condición de hermano lego, ya que, por ser analfabeto, no podía aspirar a ser clérigo.

Fue rechazado durante 8 años consecutivos, hasta que finalmente fue admitido en el convento de Mistretta, Sicilia. Hizo su profesión perpetua el 10 de octubre de 1774, y, de inmediato, fue enviado al convento de Nicosia, su pueblo natal.

Limosnero, pero rico

Durante gran parte de su vida religiosa ejerció el oficio de limosnero. Cada día recorría las calles de su pueblo llamando a las puertas de los ricos, invitándolos a compartir sus bienes y a acudir a Dios, de quien todos somos deudores.

Luego, tocaba las puertas de los pobres, ofreciendo asistencia en sus necesidades y recordándoles que aún en medio de la pobreza hay mucho que ofrecer y compartir. De esta manera, él mismo se convirtió en nexo de unión entre unos y otros, ayudando a romper los muros sociales.

Con su conducta amable, San Félix conmovía a sus coetáneos, especialmente porque siempre daba las gracias, tanto cuando recibía donativos como cuando lo rechazaban o maltrataban. En cualquiera de los casos su respuesta era la misma: "Sea por amor de Dios".

Iltrado, pero sabio

Aunque era analfabeto, conocía bien las Sagradas Escrituras y la doctrina cristiana, pues se esforzaba en retener los pasajes bíblicos que le resultaban más significativos, así como los textos de los maestros espirituales que se leían en el convento durante las comidas.

Algo similar hacía con lo que escuchaba en la homilía. El hermano Félix demostró con contundencia que era realmente bueno para atesorar lo que llegaba a sus oídos para, una vez interiorizado, compartirlo con cualquiera que lo necesitara.

Fue un gran amante de la Eucaristía (se pasaba horas rezando ante el Sagrario). Profesó una devoción particular a la Virgen de los Dolores (llevó en su pecho durante treinta años una imagen de Ella) y a la Pasión de Cristo (solía meditar sobre el sacrificio de Cristo en la Cruz con los brazos cruzados).

Dócil instrumento de Dios

San Félix tenía como mayor aspiración corresponder lo mejor posible al amor de Dios. Sabía que si a Dios se aferraba, todo lo restante calzaría en su lugar. Sabía también que si había que preocuparse de algo, debía ser de poner a Dios en primer lugar, siempre.



El Señor, sabiéndose reparado por la piedad del humilde santo, adornó su vida con el don de curar enfermedades, tanto del cuerpo como del alma. En nombre de Cristo obró muchos milagros. Es conocido, además, que el buen Hno. Félix recibió el don de la bilocación, gracias al cual sirvió a más gente.

El santo murió el 31 de mayo de 1787 en el convento de Nicosia, su hogar, a la edad de 78 años. Fue beatificado el 12 de febrero de 1888 por el Papa León XIII y canonizado el 23 de octubre del 2005 por el Papa Benedicto XVI.

“Sea por amor de Dios”

En la homilía de la Misa de canonización, el Papa pronunció unas palabras dedicadas a San Félix: «“Sea por amor de Dios”. Así podemos comprender bien cuán intensa y concreta era en él la experiencia del amor de Dios revelado a los hombres en Cristo. Este humilde fraile capuchino, hijo ilustre de la tierra de Sicilia, austero y penitente, fiel a las expresiones más auténticas de la tradición franciscana, fue plasmado y transformado gradualmente por el amor de Dios, vivido y actualizado en el amor al prójimo. Fray Félix nos ayuda a descubrir el valor de las pequeñas cosas que enriquecen la vida, y nos enseña a captar el sentido de la familia y del servicio a los hermanos, mostrándonos que la alegría verdadera y duradera, que anhela el corazón de todo ser humano, es fruto del amor».

Lectura

De la Carta *Veinticinco memoriales de perfección*, de san Buenaventura, obispo
(Núms. 3-6: *Obras de san Buenaventura*, IV, BAC, Madrid, 1947, pp. 581-583)

Tomad mi yugo sobre vosotros y encontraréis descanso para vuestras almas

Venid a mí -dice él Señor- *todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré*. ¡Oh Señor!, ¿de quién necesitas? ¿Por qué nos llamas? ¿Qué hay de común entre ti y nosotros? ¡Oh palabras verdaderamente misericordiosas! *Venid a mí* -dice-, *y yo os aliviaré*.

¡Oh admirable condescendencia, oh caridad inefable! ¿Quién ha hecho jamás tales maravillas? ¿Quién ha oído jamás o visto tales cosas? He aquí que invita a sus enemigos, anima a los culpables, atrae a los ingratos. *Venid a mí todos* -dice-, *y aprended de mí; tomad mi yugo sobre vosotros y encontraréis descanso para vuestras almas*. ¡Oh palabras dulcísimas, palabras suavísimas, palabras divinas, más tajantes que espada de doble filo, que se hienden en lo más íntimo del alma y la llenan de infinita dulzura, penetran hasta el punto donde se dividen alma y espíritu!

Despiértate, ¡oh alma cristiana!, ante la maravilla de tanta bondad, al contacto de semejante dulzura y la fragancia de tanta suavidad. Ciertamente, el que permanece insensible está enfermo, ha perdido el juicio, se aproxima a la muerte. Inflámate, te ruego, ¡oh alma mía!, dilátate, embriégate de dulzura en la misericordia de tu Dios, en la mansedumbre de tu Dios, en el amor de tu Esposo; que el ardor de tu amado te inflame, que su amor te dilate, que su suavidad te embriague, y que ya nadie te impida entrar, poseerlo, gustarlo.

¿Qué más podemos buscar, qué más podemos esperar, qué más podemos desear? En él sólo poseemos todos los bienes. Pero, ¡ay!, ¡cuán miserable es nuestra ceguera, cuán profunda nuestra miseria, cuán detestable nuestra locura! Se nos llama al descanso, y buscamos el trabajo; se nos invita al consuelo, y vamos tras el dolor; se nos promete el gozo, y apetecemos la tristeza. Miserable es nuestra flaqueza y miserabilísima nuestra perversidad. Nos hemos vuelto insensibles y casi inferiores a los ídolos, pues tenemos ojos y no vemos, oídos y no oímos, razón y no discurremos, tomamos *lo amargo por dulce y lo dulce por amargo*.

¡Oh Dios! ¿quién nos corregirá de tanto desvarío? ¿Quién podrá satisfacer tamaña ofensa? Nada bueno, por cierto, hay en nosotros si no viene de tu mano: tú sólo puedes corregirnos, tú sólo puedes satisfacer por nuestras culpas, tú sólo, que conoces nuestra hechura; tú que eres nuestra salud, nuestra redención y realizas este cambio sólo en aquellos que, reconociéndose en el fondo de su miseria, esperan sólo de ti ser de ella levantados.



Levantemos, pues a Dios los ojos de nuestra alma, y consideremos el abismo en que yacemos postrados, porque el que ignora su propia caída no tiene medio de levantarse; y desde el fondo del abismo clamemos al Señor con fuerza, para que él nos alargue su mano misericordiosa, que jamás se encogerá para salvarnos.

No perdamos una esperanza que con tanta largueza será recompensada. *Comparezcamos confiadamente ante el trono de la gracia, para alcanzar la meta de nuestra fe: la salvación de nuestras almas.* ¡No dudemos! Ya la vida nos llama, la salud nos espera, la tribulación nos empuja a entrar. ¿Qué hacemos? ¿Por qué somos tan perezosos? ¿Por qué nos retrasamos?

Empeñémonos en entrar en el descanso del gozo eterno, donde hay prodigios misteriosos, maravillas sin cuento. Que el recuerdo de Jerusalén ocupe nuestro corazón; suspiremos por nuestra patria, caminemos hacia lo alto, hacia nuestra madre; internémonos en la consideración de las obras del Señor y contemplemos a nuestro dulce Rey que reina sobre ellas, y que nuestros corazones se derritan en la muchedumbre de sus misericordias.

Oración

Dios misericordioso,
que enseñaste a san Félix de Nicosia
a servirte con simplicidad y humildad,
y dispusiste su corazón para los bienes celestiales,
concédenos imitar sus ejemplos en la tierra
para participar de su gloria en el cielo.

Por nuestro Señor Jesucristo.

R./ Amén.



Hermanidad de la
PIEDAD
PALENCIA